SECCIÓN HISTÓRICA

LAS BIBLIOTECAS JESUÍTICAS EN LAS REDUCCIONES DEL PARAGUAY Y DEL CHACO

Los datos y las noticias que en este artículo consignamos, no dejarán de ser una revelación para muchos de nuestros estudiosos, aun para no pocos de aquellos que son tenidos, y con toda justicia, por hombres eruditos, versados en el estudio de la historia nacional y conocedores de nuestro pasado literario.

Mucho se ha avanzado, en estos últimos años, en el estudio y esclarecimiento de nuestr ahistoria literaria, como lo patentizan múltiples publicaciones de innegable mérito, entre las que ocupa un lugar relevante la extensa y *bien* trabajada (?) «Historia de la literatura argentina», del señor Ricardo Rojas. No obstante la titánica labor y el grande esfuerzo que supone esta obra, nos atrevemos a afirmar que todavía no se ha escrito la historia de nuestra literatura nacional y la de la cultura argentina, y lo que es peor, creemos que es hasta imposible el escribirla. Obras de esa índole no pueden levantarse, sin contar de antemano con los materiales ya listos y preparados, y lo que tratándose de un edificio serían los bloques de piedra, tratándose de una historia general, como la de López en lo político y civil, y la del señor Rojas, en lo literario y cultural, son las monografías, así las que ofrecen materiales como las que estudian y pulen los mismos. Esta es nuestra opinión, y estribando en ella nos atrevemos a afirmar que, hoy por hoy, tanto en historia política como en historia literaria, sólo se pueden publicar hojas sueltas, estudios particulares y monografías de asuntos también particulares.

Hoy ofrecemos a los estudiosos una hoja suelta, algunas líneas tan sólo sobre «Las bibliotecas Jesuíticas en las Reducciones del Paraguay y del Chaco»; es una parte de una monografía que tenemos entre manos sobre «Las Bibliotecas de los Jesuítas en 1767». El no poder dar con los catálogos o inventarios de algunas de las bibliotecas, como las de Santa Fe, Tucumán y Salta, nos priva de llevar a cabo un estudio que grandemente contribuiría al mejor conocimiento de nuestro pasado cultural.

Del interés que desplegaron los Jesuítas en el Río de la Plata para enriquecer sus bibliotecas, mucho podría decirse, y algún día consagraremos al efecto un trabajo más extenso. Por ahora sólo consignaremos el hecho de que en todos los pueblos, villas y reducciones en que llegó a morar un Jesuíta, existió una biblioteca, formalmente tal, y que todos los miembros de la Orden, así el catedrático de Córdoba como el misionero del Chaco, o el operario de Buenos

Aires y el Apóstol del Tandil, se esforzaban de continuo en aumentar los libros de sus anaqueles, en los que había, como era natural, muchísimos libros de devoción, múltiples infolios de teología, pero que contenían al mismo tiempo sus tomos de historia y sus volúmenes de literatura.

A principios del siglo XVII escribía el Obispo de la Asunción a Su Majestad que entre los inconvenientes que había para la formación de su clero, uno era el «que en aquellas tierras no había libros en latín, y menos en Arte y Teología; y sin libros no se puede estudiar». Así era en efecto; los libros escaseaban entonces, y aun durante el siguiente siglo, tanto o más que el pan, vino y carne, que según el Podre Viana (1617) valían un ojo de la cara. No lo ignoraban los Jesuítas de entonces, quienes siempre e indefectiblemente venían a América con su depqósito o bagaje de libros y manuscritos. Los primeros Jesuítas que pisaron tierra bonaerense, el P. Leonardo Arminio y sus compañeros, «traían muchos libros», como se lee en una relación de la época (1).

Ni los mismos Jesuítas debieron de tener, duranteel siglo XVII, todos los libros que necesitaban o deseaban. En varios documentos de aquel siglo hallamos alusiones acerca de la escasez de libros y acerca de la dificultad de conseguirlos. En 12 de abril de 1699, escribía el General de la Compañía, R. P. Tirso González, en carta al Provincial del Paraguay, Ignacio Frías, que le parecía bien que para promover los estudios se haga que los Procuradores que van y vienen de América y de Europa, lleven libros «que después se diesen a los estudiantes sin pérdida ni ganancia alguna», y aunque estas frases aluden tan sólo a los extraños, podemos suponer, y así lo prueban otros documentos, que con mayor motivo debían encargarse de proveer de libros a los colegios e individuos de la Orden.

El R. P. Angel Tamburini, sucesor de Tirso González, respondiendo a algunas cartas que le habían sido dirigidas desde el Río de la Plata relativas a la pobreza de las bibliotecas, escribía con fecha 1.º de mayo de 1716: «en nombre de esa Provincia se me representa que habiendo gran falta de libros necesarios en los colegios y residencias de esa Provincia, sería bueno ordenar que los Superiores pusieran a parte algunas cantidades para entregarse a los Procuradores que vienen a Europa, para que la empleen en comprra y conducir libros, de que cada uno dará lista. La petición es muy justa. V. R. (el R. P. Luis Roca) dará providencia para que se logre lo que se pretende, aplicando medios que su prudencia le declare, para que el dinero esté pronto, para cuando llegue el caso de haber de venir Procuradores y aun sería expediente el tenerlo depositado en alguno de los oficios (procuradurías) de Sevilla o Madrid para este y otros gastos.

En la misma carta escribía el General que el P. Bartolomé Jiménez le había escrito pidiéndole «libros de pintura y de arquitectura», «con otros necesarios para los Padres Misioneros de Misiones» y ordenaba que se le diese gusto y assitfacción (2).

En las *Anuas* de 1714 a 1720 se escribe del Colegio de Córdoba y se consigna como una noticia grandemente satisfactoria el que haya podido enriquecer su

---

(1) PASTELLS, *Historia de la Compañía de Jesús*, t. I, pág. 37.

(2) Las *Cartas de los Generales* que aquí se citan consérvanse en el Archivo de la Prov. Argentino-Chilena. Asimismo las *Anuas* de 1714-1720 y de 1730-1735.

biblioteca con nuevas adquisiciones, «novi libri accessere Bibliothecae»; y en las *Anuas* de 1730 a 1735 se escribe del mismo Colegio que «el nuevo edificio ha ido adelantando, aunque lentamente, y parte del mismo está ya ocupado con más de 700 volúmenes, los que trajo consigo de Europa el P. Antonio Machoni cuando vino con la expedición (1734); esa adquisición—añaden las *Anuas* —se debió a la liberalidad de personas piadosas».

Las mismas *Anuas* refieren que cuando el Colegio de la Asunción fué saqueado en 1732, después de los disturbios de Antequera, la primera preocupación de los Jesuítas fué la de salvar los vasos sagrados y los libros de la biblioteca. Gracias a que todos cooperaron a tiempo, *mature* dice el original, se pudo salvar lo que en casa había de más valioso.

Del número de libros, de su valor y de la forma en que se pedían cuando los Procuradores iban a Europa, puede formarse idea quien recorra un curioso documento que hemos hallado en el Archivo Nacional de Buenos Aires (2). Es un cuaderno en 4.°, de doce folios, escrito y firmado por el P. José Gervasoni, y en el que constan los libros y demás objetos comprados por él en Europa, a petición de personas residentes en el Río de la Plata. Las listas de libros son interminables; su extensión nos impide el transcribirlas en este lugar. Como muestra copiamos estos datos: «José de Villafañe, libros por valor de 112 pesos: Feijóo, 16 volúmenes; Quevedo, 6 volúmenes; Lacroux, 4 volúmenes, etc.» Algunos interesados eran más modestos o menos necesitados, como el P. José Guevara, que sólo pidió «un cuerpo de la Historia de Charlevoix en 3 tomos, que costó 9 pesos» y además «un cajoncito de papeles».

Los Catálogos de bibliotecas Jesuíticas que hemos podido apreciar, revelan un esfuerzo constante y tenaz en atesorar obras de toda índole, que en alguna manera pudieran ser de utilidad. El «Catálogo de la Biblioteca del Colegio de San Ignacio» (Bs. As.) que algún día daremos a la publicidad, gracias al señor Enrique Peña, en cuyo poder se halla el original, pandrá de manifiesto hasta qué punto eran verdaderamente centros culturales aquellos colegios y aquellas residencias, tan apartados del mundo civilizado y tan cercanos a la barbarie indígena.

De las dificultades de todo género que había que vencer para comprar y traer libros a la América, han escrito largamente nuestros historiadores de la literatura y cultura argentinas; Mitre, Trelles, Quesada y Rojas entre otros, se han ocupado de esta cuestión. Sólo aduciremos unas palabras de un autor anónimo, quien al ponderar el trabajo y la labor realizado por los Jesuítas en la Argentina, antes de ser expulsados, afirma que los Padres de la Compañía habían de procurarse todo lo necesario a la vida y a grande costo y con grande sacrificio, trayendo de Europa «los utensilios de cobre y hierro para la cocina, todo el papel blanco para escribir... y *grandísima cantidad de libros* (que son de mucho costo en aquellas partes) para nuestras librerías, en común, para varios particulares y para la juventud escolar (2)».

Teniendo presente esta grande dificultad, a nadie dejará de maravillar el

---

(1) Archivo Nacional de Buenos Aires; Comp. de Jesús—Mayo 14 de 1758.

(2) *Sinopsis o ensayo de los daños... seguidos del destierro*, al fin del Cap. 3. Archivo de Loyola (España).

que las Reducciones, en cada una de las cuales sólo había dos o tres Jesuítas, contaran con sus respectivas bibliotecas, provistas de libros religiosos lo mismo que de obras históricas, literarias y científicas. El total de libros que se hallaron en dichas Reducciones al tiempo de la expulsión (1767) pasaba de 18.195 piezas, repartidas de la manera siguiente:

Pueblos del Uruguay

Santos Apóstoles	169	obras	
Santo Angel	324	»	Solo 122 catalogados. Además de los cuales había 202 en un cuarto.
Concepción	131	»	
La Cruz	271	tomos	De ellos 77 de a folio, 133 en 4.° y 71 en 8.°.
San Javier	120	»	Sin contar los que había en los cuartos.
San José	254	»	Varios en guaraní.
San Juan	182	»	
San Lorenzo	103	obras	
San Luis	310	»	
Santa María la M.	445	»	De ellas 272 en el cuarto del P. Cura.
Santos Mártires	382	vol.	De los cuales 32 eran vocabularios en guaraní.
San Miguel	86	tomos	Sin contar los que había en los cuartos.
San Nicolás	230	libros	«Y algunos más.»
Santo Tomé	220	obras	
Yapeyú	360	vol.	

Pueblos del Paraná

Santa Ana	275	libros	De ellos 108 en folio y 105 en 4.°.
Candelaria	3.719	libros	195 en el aposento del P. Cura. 53 en el aposento del P. Compañero. 255 en el aposento del P. Balda. 3.719 en la biblioteca.
Corpus	460	vol.	«Más o menos.»
San Cosme	254	»	3 en guaraní.
S. Ignacio Guazú	171	»	Había 17 manuscritos.
S. Ignacio Miní	248	obras	
Stapúa	530	tomos	
Jesús	73	»	«En solo el cuarto del P. Cura.»
Loreto	315	»	66 de a folio y 131 en 4.°.
Señora de la Fe	157	»	
Santa Rosa	180	»	
Santiago	136	obras	De ellas 27 en portugués e italiano que poseía el P. Juan Salis.
Trinidad	200	obras	«Más de...» De ellas 17 estaban en guaraní.

Pueblos del Chaco

Petacas	60	tomos	
Valbuena	124	»	22 de a folio.

Miraflores	137	libros	
Ortega	—	—	No consta .
Macapillo	—	—	No consta .
San Lucas	40	»	
Concepción	113	»	

Pueblos de Chiquitos

San Javier	345	libros	
San Rafael	301	»	
Santa Ana	168	»	
San Ignacio	226	»	
San Miguel	98	»	
Concepción	216	»	
Corazón de Jesús	257	»	De los cuales 32 tomos estaban en el apo-
Santiago	125	»	sento del P. Guevara.
San Juan	129	»	
San José	282	»	

Pueblos de Mojos

Loreto	500	libros	De los cuales 144 se hallaron en el apo- sento del P. A. Rivadeneira.
Trinidad	714	»	
San Javier	909	»	
San Pedro	834	»	
Santa Ana	214	»	
Exaltación	292	»	
Santos Reyes	270	»	
Santa María Magd.	72	»	Sin contar algunos pequeños.
San Ignacio	296	»	
San Francisco Borja	716	»	
San Nicolás	57	»	
San Simón	72	»	
San Martín	17	»	
San Joaquín	100	»	
Purísima	187	»	
Hacienda Chalguani	45	»	

Pueblos del Uruguay . .	3.587	obras
» » *Paraná*. . .	6.734	»
» » *Chaco* . . .	474	»
» » *Chiquitos* . .	2.115	»
» » *Mojos* . . .	5.290	»
TOTAL . .	18.200	obras

GUILLERMO FÚRLONG.

(Continuará)